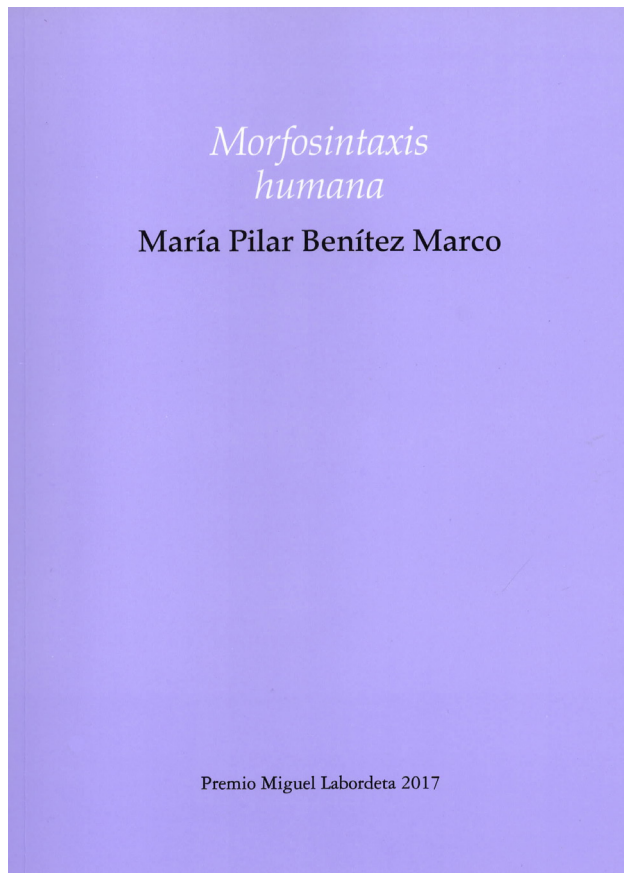


Benítez Marco, M. P. (2018). *Morfonsintaxis humana*. Zaragoza: Gobierno de Aragón. 121 pp.



Existe una gramática oculta, solo reservada a una especie muy singular de lingüistas que saben analizar la ‘anatomía de las palabras’, aquella que enlaza a las personas entre sí en el lenguaje, transformándose ellas mismas en vocablos corpóreos y sensoriales.

De ahí nació *Morfonsitaxis humana*, un poemario en el que, como lexicógrafa vital, María Pilar Benítez Marco reúne en capítulos bajo epígrafes como ‘Sustantivos’, ‘Concordancia’ o ‘Transitividad’, las sensibilidades percibidas como profesora de español en el Instituto de Educación Secundaria La Azucarera, en Zaragoza, con

un alumnado principalmente africano que ignoraba su propia riqueza poética pero que, sin embargo, la representaba.

Este libro fue ganador del Premio Miguel Labordeta 2017, concedido por el Gobierno de Aragón, queriendo la suerte unir los nombres de dos autores, Labordeta y Benítez, ambos *metalíricos* e investigadores de lo insondable en cada vocablo.

La autora mezcla en sus páginas la experiencia compartida en el aula con los versos de poetas africanos que le acercan a sus estudiantes; en consecuencia, es reveladora la cita de la poeta tunecina Amina Saïd que abre el libro: «*J’entendrai le silence/ avant le mot (...) / alors naissent les choses, les mots le monde*», con la que nos predispone a escuchar las palabras viéndolas nacer y desarrollarse, como a jóvenes en la complejidad de sus ecos interpersonales.

Tanto el poema inicial como el conclusivo son bifrontes, divididos en dos columnas en las que habla la *hija* de Jano Patulsio —faz de la bienvenida— y en la contigua el *hijo* de Jano Clusivio —que simboliza la despedida—, trazando no solo un ouroboros que recorre todo el libro, sino imbuyendo en él todas las voces posibles y su duplicidad, su otredad, donde la voz poética se disuelve para ser a la vez la masculina y la femenina: «mi abuela sustantivaba / los besos de azúcar que me daba», dirá la primera; «mi abuelo me dio el nombre / de la tierra que labraba», replicará el segundo.

Las palabras, para Benítez, son inseparables del concepto de raíz y familia. Al haber aprendido de sus padres el aragonés, una lengua minoritaria —de la que es especialista y también ha utilizado para la creación literaria—, es siempre consciente como filóloga y como poeta de la herencia emocional del léxico. En este sentido, el capítulo ‘Vocativo’ revela esa intimidad, cuando la llamada propia de la apelación es dirigida a las figuras del padre y la madre: «Te recuerdo, padre (...) / Te sueño, padre (...)); «Te imagino, madre (...) / Te creo, madre (...)». La madurez impelerá en ‘Voz pasiva’: «Quiso tener los años de una niña / jugar como una niña / vestir de niña (...) / Mas nunca fue recordada siéndolo».

Además de las autoras y autores referidos en las citas, todos los poemas contienen rasgos o elementos tradicionales que nos devuelven al gran continente evocado; el capítulo ‘Verbos’ conduce a la danza africana:

Una voz en condicional  
arruga el espacio  
de sordas libélulas  
que dandan el *mendiane*  
en círculos imperfectos (...)

En ‘Adjetivos calificativos’ resuena la música «al ritmo de *mbalax* indescifrables / *Para la próxima semana guárdeme una caja / de muy, mucho, harto, extraordinariamente, bien*».

Pero, en cualquier caso, la voz poética no desatiende sus propios sentimientos. La ‘Elipsis’ son los «alaridos elididos»; los ‘Pronombres’ el vacío necesario para introducir en el cuerpo propio y en el de las palabras el amor por el otro: «A veces / el invierno se posa en mí / y sustituye mi nombre por el tuyo / sin que los sepas»; ese amor, que conduce a la ‘Yuxtaposición’: «EnlazolosespaciosperdidoseneltiempoTuYo»; hasta conseguir en ‘Transitividad’ «la intransitividad

**Reseña**

de mi propio cuerpo».

Como lingüista, María Pilar Benítez aprehende la morfositaxis como una experiencia vital, comparada y descriptiva, cuyas reglas no son sino la semilla para desarrollarnos en un lenguaje hecho de personas. Volvemos al inicio en este trazo infinito, a la fisicidad sensible de los ‘Sustantivos’ en los que, al final, nos indistinguimos:

Para el olvido  
nuestros dos nombres propios  
ya desposeídos  
en aire antropomorfizado.

**Graciela de Torres Olson**

Universidad de Zaragoza